

El malabarista y el sol

Ésta es la historia de un juglar que sólo contaba una historia... Estaba yo en la pequeña isla de las moscas cuando me lo encontré y me la contó. Había ido yo caminando por aquel paraíso desértico hasta una basta torre, construida cuatrocientos años antes para defender la isla de los piratas, cuando apareció el juglar haciendo malabares con unas pelotas de colores. Yo, sentado al pie de la torre, me disponía a escribir un cuento cuando él surgió de la nada y me maravilló con sus juegos de manos. Lanzaba dos, tres, y hasta cuatro bolas al aire, moviendo las manos con tal destreza, que en algunos momentos no llegaba a verlas. Las pelotas eran de diferentes colores: amarillo, verde, naranja, negro, rosa, azul... Su juego era impresionante, pero lo mejor llegó cuando yo le ofrecí una moneda por el espectáculo, la cual él rechazó. A cambio de la moneda, me dijo, me contaría su historia, su única historia, pero los malabares me los ofrecía gratis. Me alertó que la historia podría parecer inverosímil, y me dijo que yo podía creerla o no, que eso ya no era cosa suya. Yo acepté sonriendo, con curiosidad, admito, y él comenzó su historia.

Resulta que largo tiempo atrás, él había estado trabajando en una compañía de malabaristas ambulantes, donde aprendió esos juegos de manos tan espectaculares. Al parecer, había ido y venido con la compañía de malabaristas a muchos lugares diferentes, había recorrido todo este mundo y otros desconocidos para mí. No sólo me habló de ellos y de sus maravillas, sino que me contó que había viajado hasta el mismísimo sol, y que allí, en su superficie incandescente había hecho malabares y aprendido trucos impensables. Yo quedé anonadado, claro, dudando y hasta se lo cuestioné... ¿Cómo iba a ser posible que fuera hasta el sol a hacer malabares con el calor que debía hacer ahí? Pero él, muy sonriente y hasta convincente, me contestó que las veces que había ido hasta el sol a hacer malabares, había sido siempre de noche.

Al ver mi cara dubitativa, el juglar rió a carcajada limpia, una risa profunda y sana, sin dejar de jugar con las pelotas de colores, y añadió lo ya

dicho antes, que yo podía creerlo o no, que eso ya no era cosa suya. Entonces, tras hacer una hermosa reverencia, se marchó por donde había venido.

El malabarista y el sol.
Malta, octubre'07

Relato publicado en la revista de arte independiente Ícaro Incombustible n°2.
Octubre de 2008

El malabarista y el sol.
Memorias Olvidadas
 Darka Treake, 2007
www.modt.net